



## Historias de Santibáñez

### En memoria de un mártir

Por MANUEL DE LA FUENTE OTERO

Desde niño sentí gran interés por ver lo que contaban mis abuelos. Pues, aunque ya existía la radio, escuchaba las historias ‘relatas’ con gran atención, porque, sencillamente, me gustaban. Los abuelos y la gente mayor, en general, hace años eran una verdadera cátedra de Historia. Hasta el punto de que, como afirma el erudito mejicano, Carlos Fuentes, en los países latinos cuando moría un anciano, desaparecía una biblioteca. Al llegar la televisión, su magisterio quedó eclipsado por el silencio.

Pues bien, llegué a Santibáñez y seguí escuchando. He oído muchas cosas interesantes, pero hubo una que me llamó la atención. Es una historia real, pero que se queda muy corta en relación con lo que verdaderamente sucedió. Era la “desaparición” de un “mocico” en Santibáñez, en África.

¿Desaparición? Pronto me di cuenta que calificar lo sucedido como desaparición, era inadecuado. Encajaba mejor, mucho mejor, denominarlo como asesinato, o, quizás, como martirio. No obstante, he esperado a que se fueran agotando los temas dignos de ser insertados en esta revista, y parece que ha llegado el momento.

A la puerta de la iglesia de este pueblo, hay una lista de jóvenes muertos en la Guerra Civil (1936-1939). Pero ha habido muchas más en las cuales murieron otros varios, a quienes ya nadie recuerda. A uno de ellos dedicaré estas líneas.

No voy a referir nada de lo sucedido con las tropas de Napoleón, cuando los sitios de Astorga. De lo que, por cierto, hay mucho que contar, pues los desmanes cometidos alcanzaron a todos los pueblos de alrededor. Ni las distintas guerras civiles del s. XIX, las llamadas carlistas. Sí haré una breve cita a la Guerra de Cuba, al final de dicho siglo.

Allá por 1985 fue enviado a Cuba un joven teniente, llamado Manuel Fernández. Algún tiempo después, era destinado a dicha isla un mozo de Santibáñez, Julián Miguélez Brasa.

Tampoco comentaré lo que pasó Julián en la Guerra de Cuba, contado por él mismo. Sólo diré que cuando se acabó la contienda, Manuel Fernández volvió, después de ser ascendido a comandante, y fue recibido, junto con otros mandos con todos los honores. Julián llegó a la estación de Astorga, con otros muchos compañeros, muerto de hambre, de sed y de cansancio, y lo que es peor, enfermo. Calzaba unas botas viejas y descosidas. No había nadie a esperarlo. ¡Quién sabía cuándo volvería!

Una vez en casa, sus padres, Jerónimo y Gregoria, lo cuidaron y

lo mimaron, pero no hubo nada qué hacer. Al fin, murió. Pero murió de una forma digna, en su casa y con el cariño de los suyos. Y, además, enterrado en el cementerio de su pueblo; que no fue poco, si lo comparamos con lo que relataré a continuación.

Su compañero, Eloy Gonzalo, tiene una estatua en Madrid. Julián tendrá hoy el recuerdo de sus paisanos.

Coetáneos de Jerónimo y Gregoria, había otros muchos matrimonios en el pueblo, como el formado por Tirso Guerra y Gertrudis López. A finales del XIX, ya tenían tres hijas, Joaquina, María y Flora; después nació un niño. ¡Qué contento estaba el ti Tirso con su hijo varón! Pero la suerte de este niño iba a ser lo más triste que se conoce. ¡Pobre Tomasín!

La ti Gertrudis, una persona muy buena, murió al poco tiempo. Y el ti Tirso se casó de nuevo, con una moza que, más adelante, se conocería como la ti Lucia (Lucia, no Lucía), que también era muy buena. Pero el ti Tirso no lo era tanto y se desprecupó bastante de sus cuatro hijos que fueron “cobijados” por sus abuelos. Por eso, las tres chicas se casaron muy jóvenes. Pero Tomasín, primero tenía que hacer la mili, antes de pensar en casamientos, pues los tiempos eran muy malos. No había, al comienzo del nuevo siglo (el XX) más que follones, huelgas y altercados: en 1909 habían muerto 1.500 militares en África, en el Barranco del Lobo; en el mismo año, la Semana Trágica de Barcelona; en 1911, la huelga de Bilbao; en 1912, el asesinato del Presidente del Gobierno, José Canalejas; la huelga de los ferrocarriles paralizó el país, etc. etc.

Por si fuera poco, en África (campo muy apto para ascenso de militares) las cosas se ponían muy feas, cada vez peor.

Mientras esto sucedía, aquel joven teniente que en Cuba pudo ser -no lo sabemos- el capitán de la compañía de Julián, se había distinguido por su arrojo en varias operaciones, en territorio marroquí; sobre todo, en la ocupación de Larache, en 1911. Lo que significó un ascenso tras otro. En 1915, fue nombrado ayudante de campo por Alfonso XIII; y en 1920 había alcanzado el generalato. Ya no era el capitán Manuel Fernández, sino el General Silvestre, sin más. Él era el jefe de operaciones en el oriente de Marruecos, con base en Melilla, cuando nuestro Tomasín fue sorteado y le tocó, justamente, ir a esa zona.

Iba a comunicárselo a sus hermanas, cuando se encontró en la calle con Vicente Brasa que había venido licenciado unos años antes. Le preguntó para dónde le había tocado y, cuando se lo dijo, le “espetó”: “Mira, aquello está tan mal, que más te valía pegarte dos tiros”. “Hombre, no será tanto -le contestó Tomás- ¿Si tú volviste, por qué no voy a volver yo?”

Llegó el día de partir. Tomás se despidió de su familia reprimiendo las lágrimas, pues todos lloraban. Mientras su padre lo

acompañaba a coger el tren “no hacía más que mirar pa’trás”. Tal como se lo había puesto Vicente, podía ser que no volviera a ver las casas de su pueblo. Por eso las miraba una y otra vez, conforme se alejaba. Su casa estaba donde hoy está la de Rafael Fuertes.

Una vez allí, ya asentado, “escribió una carta, desde un pueblo que se llamaba, algo así como Cacerola”, me contaban. Me pareció muy raro, pero... bueno, si así lo dicen... Después de ver que no se trataba de un pueblo, pues había sido destinado al Regimiento de Ceriñola, a las afueras de Melilla, siendo jefe del mismo el coronel Riquelme.

Con la carta envió una foto con guerrera de cuello alto y cerrado, en el cual había grabado un número que casi no se podía leer, después de tantos años. Tuve la oportunidad de ver esta foto que habían conservado sus hermanas y, al observar la mirada de sus ojos y conociendo su fin, me sentí lleno de tristeza.

El general Silvestre, hombre violento e indisciplinado, es decir, el capitán de Cuba, Manuel Fernández Silvestre, fue destinado por su arrojo a Marruecos de nuevo, pero resultó ser un inconsciente que no respetó ni las órdenes de su superior, el comisario Berenguer, y se arriesgó en una campaña de conquista, tierra adentro, sin hacer los estudios necesarios, ni guardar las oportunas medidas de seguridad que aconseja una de las asignaturas que estudian los militares, llamada Táctica. Ignoró lo sucedido años antes al general Pintos, en el barranco del Lobo, y se metió en una aventura descabellada que le costó la vida a él y a, nada menos que, 13.199 militares. Entre ellos a nuestro Tomásín; el Tomásín del ti Tirso.

El desarrollo de sus desatinadas actividades lo explicó minuciosamente en el Congreso, Indalecio Prieto.

Las responsabilidades atribuidas en el informe de la Comisión Picaso fue una de las causas del Golpe de Estado de Primo de Rivera.

De cómo se encontraban los soldados españoles, nos habla Vicent Sheen, redactor del Chicago Tribune, quien comenta que vio en las carreteras de Marruecos a soldados españoles con alpargatas y otros descalzos, mientras, en Madrid había hombres de negocios bebiendo champán francés y fumando puros egipcios, con el dinero destinado a comprar calzado para ellos. Y “ellos” eran los hijos de los pobres, que no podían aspirar a ser soldados de “cuota”.

El jefe de los cabileños, Abd-el-Krim, pide dialogar con Silvestre, pero éste se niega. ¡Ese pobre cabileño! El general incendia cosechas y confisca ganado, en tanto que, desde Melilla a Nador, de Zeluán a Monte Arruit avanza con sus tropas, al tiempo que va creando posiciones indefendibles y contra la opinión de sus subordinados como el coronel de Tomásín, Riquelme, o el de otro regimiento, el coronel Morales. (Dar Drius, Ben Tieb,



Las animadas noches en la carpa de la plaza

Izummar, Annual, Igeriben y, finalmente, Abarran).

Sólo Monte Arruit está relativamente bien pertrechado.

Los cabileños reaccionan con ira. Abd-el-Krim se echa al monte el 27 de febrero. En abril queda frenado el avance; y en mayo, ya están cercados. El 1 de junio de 1921, cae la posición de Abarran, la más adelantada, con sus 250 hombres, después de ofrecer una resistencia inhumana. Mientras, el comandante Benítez, en Igeriben, pide ayuda. Desde Annual, se intenta enviar hombres, comida y munición, pero en el desfiladero que une las dos posiciones 152 soldados son abatidos y el resto regresa como puede. Igeriben fue tomado días después y sus 392 hombres muertos.

La próxima posición a tomar, con el mínimo esfuerzo, era Annual, donde se encontraba el general con varias unidades de distintas armas y entre ellas el regimiento de Ceriñola. Lluven las balas procedentes de todas direcciones. Por la mala elección de la posición la situación es insostenible. Están totalmente aislados. Después de repeler durante días los ataques rifeños, Silvestre reúne a sus jefes y oficiales y, viendo que la resistencia es inútil, aconseja la retirada que es ordenada a todos los mandos de las distintas unidades. Pero fue obstaculizada por las fuerzas de Abd-el-Krim que disparan a “blanco descubierto”.

Cada uno sale como el corazón le ordena en aquel crucial momento, sin orden ni concierto.

Según el capitán Fortea, uno de los prisioneros que salvó el pellejo, Silvestre fue capturado en Annual y Abd-el-Krim le cortó la cabeza y la llevó a Tetuán.

Las tropas españolas destacadas en Annual corrieron por un valle angosto, en dirección a Monte Arruit, donde había una especie de fuerte. A ellos se fueron uniendo los que estaban en Izummar, Ben Tieb y Dar Drius. Las balas seguían viniendo de todas partes y en esta angustiosa huida fueron abatidos gran número de hombres de toda graduación, mientras, llegaban gentes de las cabilas vecinas a despojar a los muertos de sus ropas, calzado y armas, así como a los animales de sus arneses.

Gracias al regimiento de Caballería, Cazadores de Alcántara, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera que, con gran valentía, frenaron el ímpetu de los cabileños, pudieron llegar a Monte Arruit unos 3.000.

Yo, siendo de esta tierra, conozco a los chicos de pueblo de antes, y Tomásín sería de los que corrían descalzos por el rastrojo. Así pues, me aventuro a creer, ya que nada hay en contra, pues la falta de información por parte del Estado fue total, que a Tomásín no pudieron pillarlo, aunque no tuviera botas, y fue de los que llegaron a Arruit. Pero, sería peor para él. Pues si corrió como un desesperado, por entre los centenares de compañeros que quedaban en el camino, dando gritos de dolor -los que aún les quedaban minutos de vida-, no fue mejor el final de los que llegaron a Arruit, donde intentó hacerse fuerte el general navarro, pues fueron asaltados y pasados a cuchillo todos, menos 600 que fueron prisioneros. Pero, éstos eran militares con graduación, para pedir un buen rescate, cuatro millones de pesetas que, como el Estado no podía pagarlos, lo hizo el magnate vasco Echevarrieta. El soldado Tomás Guerra, no tuvo esa suerte. No fue elegido. El ser un simple soldado lo condenó a morir.

Cinco años más tarde, el coronel Pozas, fue el primero en poder entrar en las ruinas de Annual. Lo que vio era estremecedor. Hasta el punto de que después llegaría Franco y, al ver lo que quedaba de las atrocidades cometidas en Monte Arruit y Dar Drius, quiso vengarlos con sus legionarios, pero no se lo permitió Primo de Rivera.

No quiero hacer el menor comentario sobre la situación de angustia que vivió Tomás en ese larguísimo día, el mayor del año, ante los acontecimientos que pudo ver a su alrededor y no porque no lo sepamos. Varios de los que fueron rescatados lo han contado, como el capitán Fortea.

Lo pasaremos por alto y ponemos fin a este tristísimo suceso, del que ya nadie se acuerda. Creo que es de justicia traerlo a colación, por el escaso eco que tuvo en su día, en la comarca, aunque sí lo tuviera en el Congreso. Aún no había transistores de radio aquí.

Así pues, mientras en su pueblo estaban haciendo los preparativos para celebrar la fiesta de San Juan del año 21, un “mocico” de Santibáñez, un chaval, moría de la forma más espantosa que se puede imaginar, viendo como asesinaban a sus desarmados compañeros antes de que le tocara la vez a él. Era inútil correr. Además... ¿hacia dónde? No hubo piedad para unos jóvenes que habían sido llevados a Marruecos contra su voluntad y que no entendían por qué tenían que morir luchando contra unas personas que, ellos sí, defendían su tierra contra extraños. Y lo que es peor, no hubo quién los enterrara. Lo que siguió no es para contar en este recordatorio.

**TOMÁS GUERRA LÓPEZ (SOLDADO)**  
**MURIÓ ASESINADO EN MONTE ARRUIT (MARRUECOS)**  
**EN LA TARDE DEL 22 DE JUNIO DE 1921**

No estará su nombre en la puerta de la iglesia, pero los habitantes de su pueblo sabrán que existió y cómo murió. Yo me conformo con eso. Y él, creo que también.

¡QUE DESCANSE EN PAZ, TOMASÍN!

## Historias de mi pueblo

Por LORENZA FERNÁNDEZ

No sé si la gente joven lee nuestra revista, pero sí lo hace mucha gente mayor a la que le gusta recordar lo que pasaba en su pueblo y el ambiente que había en él. Recuerdan con mucho cariño lo que vivieron y lo que les contaban sus antepasados; muchas historias que les parecen cuentos de hadas, pero que las vivieron; historias como éstas que son de verdad y que cada generación ha vivido en su tiempo o que las ha oído contar como yo las escuchaba de mis mayores.

Pues bien, ésta es mi historia, la recuerdo perfectamente. El barrio del pueblo del sol poner, al otro lado del puente, fue llamado el barrio de Palacios (y remotiado por los del otro barrio con el nombre de “barrio de los pobres”) y el de éste, llamado barrio Villazala, también fue llamado el del naciente, por donde sale el sol.

\*\*\*

Esta es la historia de El Campo. Había una palera en el segundo lote de las tierras del camino Toralino, a la altura de la entrada del camino los Quiñones, hoy desaparecida, como la palera del responso de los muertos, cuando paraba en Las Llamacinas el cortejo fúnebre y frente a ella le cantaban “la tremenda” y adelante. A la altura de las majadas, más o menos, del camino Astorga salía una mala rodera de carro, partiendo las tierras en dos para que el labrador tuviera más trabajo, teniendo que cruzar la rodera para trabajar un cuartal de terreno; a veces dos celemines. Esta rodera se perdía cerca del camino de Los Quiñones, quedando en una pequeña senda que cruzaba el camino siguiendo por detrás de Toralino hasta Riego, senda que utilizaban, para llegar más pronto a Astorga, nuestros antepasados, que viajaban mucho a pie. Y de ahí venía el nombre de sendero de Riego.

Siguiendo el camino Astorga, a la altura del cementerio, salía otra rodera llamada la rodera de La Cepedera, que se perdía a poca distancia, quedando el bago llamado La Cepedera en un charco, dando acceso a las tierras de La Llamera en un nivel un metro más altas, haciendo recodos por allí abajo, al lado de una gran zanja que había que azancar a pie para entrar en las tierras de Los Quiñones que estaban de praderas y en las que pastaban los ganados dejando allí sus excrementos que servían para ir a moñicos y cocer la comida. Decían que aquellos moñicos tenían más hebra porque al cogerlos iba pegada la hierba que era de buena calidad.

Al pasar La Cepedera, por un triste sendero, ya que nadie quería dejar pisar sus tierras, y azancar aquella gran zanja que no azancaban muchas veces las patas, se caía uno dentro y tenía que sudar para salir. Además eran unas praderas atolladizas. Me contaba con mucha gracia una señora, que, estando guardando una vez el borriquero, se atolló y estuvo atollada hasta que fue su abuelo con la comida. Allí también se ponían muchas eras. Estas praderas daban acceso al prado Gadaña y éste a las tierras del Veintiuno por el poniente, por Villarnera al norte; lo demás ya era campo nuestro. El nombre del prao Gadaña, no conozco su origen. Al comenzar por arriba, había una palera muy famosa que daba nombre a las tierras de su alrededor, llamada la palera el Rojo, y las tierras del sol salir, a la larga del camino que llegaban a empalmar al de los Quiñones, eran las del Veintiuno. Llevaban este nombre porque habían costado veintiún reales; eran muy largas y